

P

# Juicio Final

(OBRA EN UN ACTO)

por

*José de Jesús Martínez*



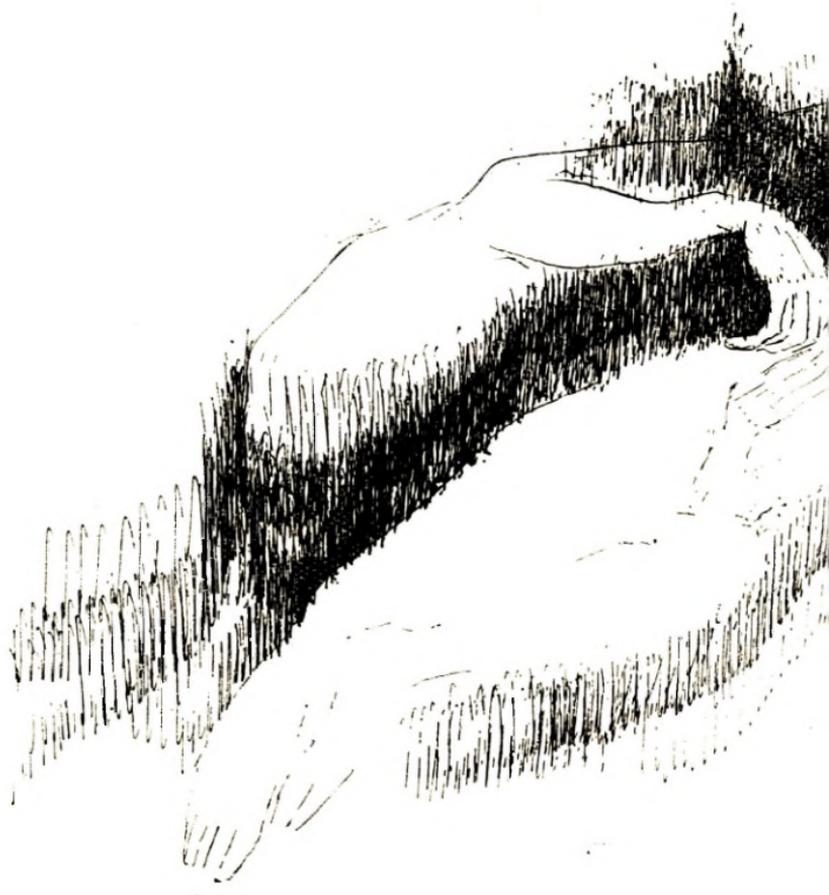
EDICIONES "ESTUDIOS" DEL  
INSTITUTO NACIONAL DE PANAMA



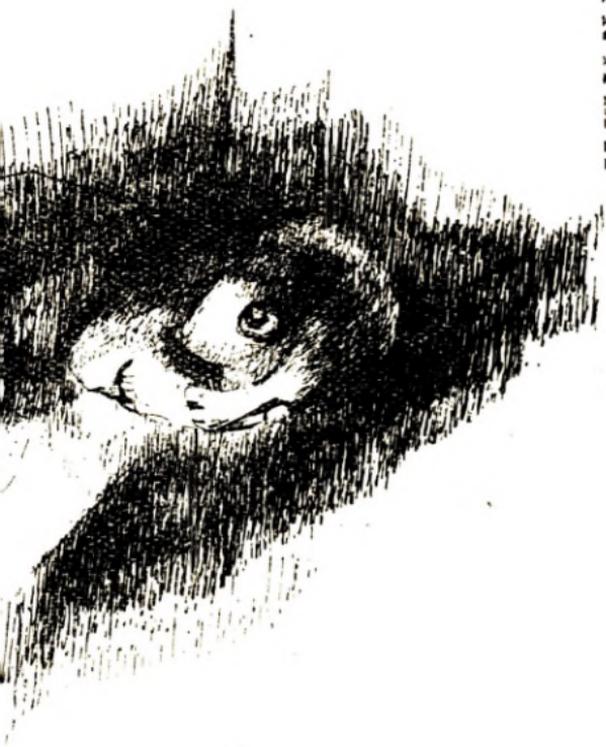
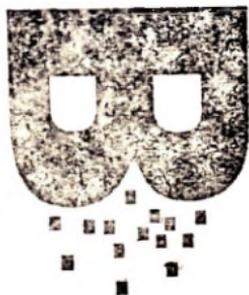
# Juicio Final

*JOSE DE JESUS MARTINEZ*

Ediciones "Estudios" del  
Instituto Nacional de Panamá.



FUNDACION PRO  
BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE PANAMA



Descomposicion del cadaver de un  
ardavido, cuya muerte no le ha importado  
a nadie

*A Don Antonio Buero Vallejo*

*(El Dibujo es del Pintor Alberto Dutary)*

De esta obra se hizo una lectura dramatizada en el Instituto Panameño de Arte, una noche del mes de marzo de 1962.

Leyeron :

FUNCIONARIO ..... *Rogelio Zarzosa*  
CONSERJE ..... *Dionis Vega*  
JUEZ ..... *Roberto Cedeño*  
HOMBRE ..... *Miguel Moreno*

Dirigió la lectura : *Elsa Kawano*

Efectos Sonoros : *Carlos García de Paredes*

La obra, bajo el nombre: "El Juicio", y dirigida por Alejandro César Rendón, fue estrenada el 10 de julio de 1962 en el Teatro de la Universidad de México.

Derecha e izquierda, las del público.

Panamá, 1962

## ACTO UNICO

Nada de escenografía. Ni siquiera cortinas. El puro hueco negro al que no se le ve fin. La escena es desmesuradamente grande, desolada. Los actores, sin embargo, ocuparán sólo una mínima parte de ella. Suena el tic-tac de un reloj inmenso pero invisible. Ha de ser un sonido serio, quizá más bien como el de un tam-tam, y exagerado para que, en el momento debido, pueda hacer bien evidente la entrada del personaje más importante, decisivo y final: el silencio.

*(Entran dos hombres por la izquierda, funcionarios típicos, llevando entrambos un escritorio pesado que colocan en medio de la escena. Uno de estos hombres, el Funcionario, es más bien alto, pero sin llegar a dar la impresión de arrogancia. Todo lo dice y hace con la seguridad de una experiencia larga. El otro es bajo y regordete. En ambos es bien notoria la falta de malicia. Corre a cargo del actor ponerla de manifiesto en pequeños gestos y movimientos. No importa marcar esto hasta llevar la interpretación del personaje fuera de los límites de la realidad. De la realidad que conocemos, naturalmente)*

CONSERJE.—¡Uf, cómo pesa esto!

FUNCIONARIO.—No lo inclines tanto, que se caen los papeles.

CONSERJE.—¿Lo dejamos aquí?

FUNCIONARIO.—Sí, da lo mismo. Despacio.

CONSERJE.—¿Por qué no se lo deja permanentemente aquí y se evita así el estar trayéndolo y llevándolo?

FUNCIONARIO.—(*No es una pregunta*) ¿Dónde crees tú que estamos ahora mismo?

CONSERJE.—No sé. A mí es la primera vez que se me pide hacer esto.

FUNCIONARIO.—¿No oyes ese ruido? (*El tic-tac*)

CONSERJE.—Sí. ¿Qué es?

FUNCIONARIO.—Ven, quiero mostrarte algo. (*Lo lleva hacia la derecha y le hace mirar por entre bastidores*) ¿Ves? (*Miran hacia abajo*)

CONSERJE.—(*Manifestando mucha piedad y aflicción en el rostro*) ¡Se va a morir!

FUNCIONARIO.—Sí.

CONSERJE.—¿Es él quien va a venir?

FUNCIONARIO.—Sí. Démonos prisa. Ya no debe tardar. (*Van otra vez al centro*)

CONSERJE.—¡Qué calor hace!

FUNCIONARIO.—Tiene mucha fiebre, parece. Ve a traer las sillas. Yo traeré el archivo.

CONSERJE.—No. Déjame a mí traer el archivo.

FUNCIONARIO.—Bueno, lo traeremos entre los dos, pero traigamos antes las sillas. (*Mutis de ambos por la izquierda*)

*(Se oye la flauta por primera vez. Es un sonido sinuoso y largo, triste y cruel. Como canción que busca pastor perdido, como un recuerdo en retirada o el alma en pena de un rondador ecuatoriano. Algunas veces, como esta primera, saldrá desde detrás del público. Otras, desde los lados o desde el hueco profundo. Cada vez desde un sitio diferente. En ocasiones parecerá muy cerca, dando la impresión de que*

*de un instante a otro va a aparecer en escena. Y en ocasiones parecerá lejísimo, como si ya nunca más fuéramos a oírlo. Es, en todo momento, un sonido que pasa. Nunca está quieto. Su movimiento debe ser claramente perceptible. El sonido se ha marchado ya cuando entra el Funcionario. Viene trayendo tres sillas. Las coloca junto al escritorio. Entra el Conserje empujando, trayendo como mejor pueda, un archivo pesado)*

FUNCIONARIO.—(Va a ayudarle) Te dije que no lo trajeras solo. A ver.

CONSERJE.—Si no pesa tanto.

FUNCIONARIO.—Por acá. (Lo guía) Aquí.

CONSERJE.—Yo no sé por qué hay que traer esto si, como dices tú, no se lo ocupa casi nunca.

FUNCIONARIO.—Precaución. Ha habido casos, personas que protestan y a las que hay que probarles que mienten. Yo recuerdo el caso de una señora. Insistía en que era mala. Decía que había cometido no sé qué asesinato. ¡Lo decía con un candor...! Hasta que se le dió toda clase de pruebas de que estaba mintiendo, de que era buena. Entonces confesó que mentía porque quería que se la condenara. Quería estar con su hijo. Ella sabía que él se iba a condenar. Quería esperarlo. Pero se le aseguró que estaría con él, y se puso feliz. A mí me quiso besar. Y a él, (*Gesto al escritorio*) ni digamos.

CONSERJE.—Lo que puede el amor de una madre, salvar al hijo.

FUNCIONARIO.—No. A él no hubo más remedio que condenarlo. Era un malvado de... Parece mentira que haya tenido una madre así.

CONSERJE.—¿Y la señora?

FUNCIONARIO.—La señora es feliz. Ella está con su hijo. Tal y como ella lo ve.

CONSERJE.—¿Condenaron también a la señora?

FUNCIONARIO.—No. Al hijo solamente. Pero ella está con él, aunque no esté él con ella. Como cuando recordamos a una persona que sin embargo se ha olvidado de nosotros.

CONSERJE.—Raro, ¿verdad?

FUNCIONARIO.—Al contrario, es bien sencillo.

CONSERJE.—Sí, es lo que quise decir.

FUNCIONARIO.—Ojalá fuese siempre así, como con esa señora. Otras veces es tan desagradable. El (*Gesto al escritorio*) sufre. Mucho.

CONSERJE.—Me lo imagino.

FUNCIONARIO.—(*El tic-tac se irregulariza un poco, pero recupera su ritmo normal. Va al extremo derecho a asomarse*) Ya esto no puede tardar. Voy a ir a avisarle.

CONSERJE.—¿Vuelves?

FUNCIONARIO.—No. A menos que me mande llamar. (*Nota la preocupación del Conserje*) No te pongas nervioso.

CONSERJE.—Es la primera vez que se me llama para esto.

FUNCIONARIO.—Ya te acostumbrarás. (*Mutis por la izquierda*)

(*Después de una pequeña pausa, entra, por la izquierda también, naturalmente, el Juez. Es un jefe, pulcramente vestido y peinado, con la sonrisa fácil y las maneras suaves y elegantes*)

JUEZ.—Bien. Veamos. Limpia bien esa silla. (*La que está frente al escritorio y que ha de ocupar el Hombre*)

CONSERJE.—Sí, señor. (*Lo hace*)

JUEZ.—¿Está cómoda? (*Se sienta en ella y la prueba. La encuentra satisfactoriamente cómoda*) Tú siéntate allí, a mi lado.

CONSERJE.—Sí, señor. (*Lo hace*)

JUEZ.—(*Se levanta y toma asiento detrás del escritorio*) Bueno. Esperemos.

*(El tic-tac se hace más patente. Crece. Se desordena. De pronto, calla. Un pequeño gesto del Juez. Los dos están inmóviles. Por la derecha entra un Hombre. Cincuentón. Burgués típico. Al ver al Juez y al Conserje que lo esperan, se sobresalta)*

HOMBRE.—¿ ? (*Quiere regresarse, pero hay una fuerza invisible que se lo impide*)

JUEZ.—(*Sonriente, amable*) Pase, pase usted, por favor. Lo esperábamos.

HOMBRE.—Luego... (*Suelta la carcajada*) ¡Ja, ja, ja! ¡Era verdad! ¡Ja, ja, ja! ¡Era verdad!

JUEZ.—Pase usted, por favor. Siéntese. Estará cansado.

HOMBRE.—(*Pasa y se sienta frente al escritorio*) Vea usted, me río porque... Yo siempre sospeché que había algo después de la muerte. Más que sospecharlo, lo sabía, casi con seguridad.

JUEZ.—Gracias.

HOMBRE.—Lo discutí muchas veces en el Casino, con los amigos, usted sabe... Especialmente con el doctor. (*Vuelve la vista hacia la derecha, el otro mundo, en el que acaba de dejar al doctor*) Es un amigo que tengo, muy dado de científico.

JUEZ.—Sí. (*Ya lo conoce*)

HOMBRE.—El decía que no. Que eran patrañas de los curas, decía.

*(El Conserje rie pero se borra rápidamente la risa)*

HOMBRE.—*(Serio, con esa solemne seriedad de los hombres de negocios)* En cambio yo, puede usted creérmelo, no lo dudé ni un solo instante. Bueno, quizás alguna vez, llevado por el pesimismo, pero, en fin, cosa momentánea como usted comprenderá.

JUEZ.—Sí. Es natural.

HOMBRE.—Exactamente, eso, natural. Aparte de esos momentos “naturales”, como le digo, no dudé nunca de que había otra vida después de la terrena y de que en ella se nos someterá a juicio... Porque supongo que esto es un...

JUEZ.—No se le puede llamar juicio propiamente. Además de que es una palabra fea, aquí no se condena o salva a nadie... que no venga ya condenado o salvado.

HOMBRE.—Por supuesto. Yo quería decirle señor..., señor juez... Usted permitirá que yo le llame así, a pesar de lo dicho.

JUEZ.—Sí, cómo no.

HOMBRE.—Yo sabía, repito, que después de muertos somos..., nos enfrentamos, mejor dicho, con..., con nuestra propia vida; eso es, con nuestra propia vida. Y he obrado en consecuencia, velando por mis obligaciones para con mi prójimo, mi familia y mi religión. *(Se exalta hipócritamente)* Mi religión católica, única verdadera, que he defendido ante tanto ateo y hereje que hay en el mundo.

JUEZ.—*(Sonríe y deniega con la cabeza, pero dice)* Gracias.

HOMBRE.—Como el doctor, o el protestante ese que también va al Casino. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué sorpresa se va a llevar el doctor! ¡Me imagino la cara que pondrá! ¡Ja, ja...! (*Un dolor repentino en la espalda, despertado por los movimientos convulsos de la risa, se la cortan en seco*) Todavía me duele la espalda. Con todo, es menos que hace un rato.

JUEZ.—Despreocúpese, dentro de pocos instantes desaparecerá todo dolor físico.

HOMBRE.—Sí, sí. Siento cómo se va yendo, como si se me estuviera despegando de los huesos.

JUEZ.—Por supuesto, no es el dolor lo que se le está despegando de los huesos, es usted mismo. Pero, para el caso, da igual. Todo malestar físico desaparecerá en breves instantes.

HOMBRE.—(*Mirando hacia la derecha*) Aquello fue terrible. Era un dolor terrible.

JUEZ.—Siento mucho que haya tenido un trance tan difícil. Pero quizás le haya sido de alguna utilidad. Algunas veces lo es.

HOMBRE.—Debo decirle, sin embargo, que el haber sufrido, el trance, como dice usted, en el seno de la religión católica, y confortado por todos los sacramentos ¡y por la bendición papal! (*Suena a falso. El Juez sonríe*) hizo que todo fuera plácido y tranquilo. Claro que en momentos, los últimos sobre todo, el dolor y la asfixia lograron que perdiera el control de mi serenidad y que...

JUEZ.—Es natural.

HOMBRE.—Natural, eso es. (*Para sí mismo*) Cuando venga el doctor... ¡Ja, ja! ¿Ve usted? Ya no me duele absolutamente nada. Me siento como ligero, como aligerándome. (*Con la confianza del hombre de mundo*) Pues bien, señor juez, estoy dispuesto. La calidad de

mi vida me hace poder esperar confiado. Podemos empezar cuando usted guste.

JUEZ.—Es cosa rápida. Y por lo general más agradable de lo que se espera. (*Pausa*)

HOMBRE.—(*En vista de que el Juez no hacía nada para empezar*) Podemos empezar cuando usted guste.

JUEZ.—No, no. Es al revés. Al contrario. Es usted quien debe exponer el que es, para entonces nosotros darle el puesto que le corresponde, y que no dudo será uno privilegiado.

HOMBRE.—Entendido. Para empezar, debo decirle que me llamo...

JUEZ.—Perdone que le interrumpa. Quizás le resulte un poco violento, pero, usted... ya no tiene nombre.

HOMBRE.—¿Cómo?

JUEZ.—Es violento, lo reconozco. Pero repare usted en que el nombre es sólo un sonido, o un garabato escrito, mediante el cual la gente nos llama. ¿No es cierto? Pues bien, la gente no existe ya para usted. En realidad es usted quien no existe para la gente, pero, en fin, para el caso es lo mismo: Su nombre no funciona ya, por así decirlo, y ha dejado, por tanto, de serlo.

HOMBRE.—Mi nombre, mi nombre propio, mío.

JUEZ.—Ha dejado usted de tenerlo. Eso es todo. En rigor, suyo no lo ha sido nunca. Nuestro nombre más bien pertenece a los otros, por lo menos más que a nosotros mismos. Desde luego son los otros los que más lo usan, salvo casos de lamentable egolatría. Me refiero a esos que se complacen en ser gente para sí mismos, llamándose, viéndose desde fuera. Esos que hablan de sí mismos en tercera persona. Este no es su caso, según consta aquí (*Algún papel que tiene sobre el escritorio*) y me agrada consignar.

HOMBRE.—En efecto, debo confesar que es algo muy notable. Que se me quite así, de pronto...

JUEZ.—Con ello no se le ha quitado todo. Por lo menos es lo que debemos esperar. Conviene siempre hacer esta aclaración al principio porque nos ahorra el estar después haciendo correcciones del mismo tipo. De manera que puede usted continuar, si le parece bien.

HOMBRE.—Por supuesto, con ello no se me ha quitado todo. Me queda bastante. Pero permítame decirle, aunque ello no me valga de nada, que se me quita mucho. Mi nombre siempre fue pronunciado con respeto y simpatía por cuantos me conocieron y trataron. Velar por su reputación fue tarea que me impuse y que logré con éxito en todas mis relaciones de hombre de negocios y de ciudadano.

JUEZ.—Claro, pero eso, como usted mismo ha dicho, no le vale de nada. En lo que al nombre se refiere, por supuesto.

HOMBRE.—Era un nombre honesto, garantizaba la verdad de aquello al pie de lo cual estaba. Y era sonoro. No soy vanidoso, como los casos del ejemplo. Así debe constar en sus documentos. Era un nombre sonoro, sin embargo. Pero, ¡lo dicho! Con ello no se me ha quitado todo, ni mucho menos. Me queda lo más: el haber cumplido con mis obligaciones religiosas, el haber hecho repetidas veces el bien, el haber sido un padre amantísimo.

JUEZ.—Podemos comenzar por esto último, si usted prefiere.

HOMBRE.—Encantado. Le he dicho ya que mi vida me permite el lujo de poder estar aquí sentado ante usted con toda tranquilidad y confianza. (*A sí mismo*) ¿No tendré...? (*Se busca en los bolsillos*) Vaya, sí que tengo. (*Cigarrillos*) ¿Me permite usted fumar?

JUEZ.—Tenía usted el hábito muy arraigado.

HOMBRE.—Sí, es verdad. Me calma..., me resulta agradable.

JUEZ.—Fume, con toda confianza. Además, debe usted aprovecharse, dentro de poco no podrá ya hacerlo. Quiero decir, no tendrá ya necesidad o ganas de hacerlo.

*(El Conserje se queda mirando curioso el cigarrillo encendido)*

HOMBRE.—*(Al Conserje)* ¿Me permite usted ofrecerle?

CONSERJE.—No, no, muchas gracias. Perdone. No los había visto nunca. Echan humo, ¿verdad? Perdone.  
*(El Juez sonríe)*

JUEZ.—¿No recuerda usted alguna vez que, sin estar pensando en sus hijos, se sentía usted a sí mismo como algo hecho por ese amor que les tuvo?

HOMBRE.—No entiendo.

JUEZ.—Sí, es difícil. Por lo general se trata de algo muy pequeño. Pero, por muy pequeño que sea, aquí nos encargamos de... ampliarlo, de otorgarle méritos gratis, por así decirlo. Antes, sin embargo, tenemos que buscar y encontrar ese algo, para dárselos.

HOMBRE.—Pues al padre que fui. Me sacrificué por mis hijos, les di una educación buena, un ambiente sano, les di todo lo humanamente posible. He aquí un algo nada despreciable ni pequeño: Todo lo que he dado, a mis hijos y a mucha gente, pero sobre todo a mis hijos.

JUEZ.—Sí, pero lo dado, dado está, ya no lo tiene usted.

HOMBRE.—¿Cómo? Sin duda no le he entendido. “El que más da, más tiene; matemáticas de Dios”, según dijo un santo.

JUEZ.—Es difícil. Pero no se intranquilece usted. Quiero decir que aquí no se va a juzgar... Aunque esto propiamente no es un juicio, pero en fin, empleemos la palabra en aras de la claridad. Aquí, digo, no se trata de juzgar sus obras, sino a usted. No es lo mismo, contra lo que pudiera parecer. (*Pausa*) Por ejemplo: Nunca podría nadie confundir un arquitecto con una casa que ese arquitecto ha hecho. De igual modo, debe usted distinguir lo que usted es de lo que usted ha hecho. Sólo lo primero es lo que ahora nos interesa. Lo que usted ha hecho ha quedado en el mundo. Estoy seguro de que allí se le agradece, si con ello ha ocasionado la felicidad de alguien. Pero ahora se trata de su propia felicidad. Ahora se trata... de usted.

HOMBRE.—Perdone usted, sigo sin comprender. ¿No cabe entonces apelar a mis obras buenas? Estoy dispuesto a confesar también las malas, por supuesto, pero quiero que se las compare, que se las pese.

JUEZ.—Sí, cómo no, sí cabe apelar a ellas. Pero por una razón indirecta, oblicua. Porque, en el fondo uno no hace las cosas... Uno las hace, sí, pero en el fondo, esas cosas que uno hace lo hacen a uno. Uno las hace a ellas y ellas nos hacen a nosotros. No sé si me explico. Por eso sólo pueden sernos, servirnos, de referencia, y sólo a guisa de tal cabe citarlas o apelar a ellas.

HOMBRE.—Cuando yo mandé a mis hijos a estudiar al extranjero, puesto que por esta parte de mi vida hemos decidido comenzar, cuando me sacrifiqué personalmente por hacer esta obra de cuya calidad moral no puede haber ninguna duda, lo hice, puede usted estar seguro de ello, movido sólo por el más puro amor. (*El Juez consulta algo en sus papeles*) Si alguna vez me jacté de ello fue sólo porque lo hice, pero no lo hice para jactarme de ello.

JUEZ.—Se lo creo a usted. No es necesario insistir sobre eso. Y, esta obra, ¿qué hizo? Además de darle una

buena educación a sus hijos. En usted..., en usted mismo, ¿qué hizo?

HOMBRE.—Obras como esas son las que me han hecho a mí, a mi persona entera.

JUEZ.—¿Dónde está? Es lo que buscamos.

HOMBRE.—Aquí, claro.

JUEZ.—Sí, pero no, no está tan claro. Aquí hay un traje, que usted no hizo. Un cuerpo, debido a un proceso biológico del que usted no es responsable...

HOMBRE.—¿Mi... alma?

JUEZ.—Exacto. (*Pausa*)

HOMBRE.—¿Y?

JUEZ.—Veamos.

HOMBRE.—Eso no se puede mostrar.

JUEZ.—Con el dedo de la mano, no, pero sí de alguna manera. Por ejemplo: ¿No se ha detenido usted nunca en la mitad de la noche, en el centro del Universo, a contemplar los astros, la inmensidad vacía, olvidándose de los negocios, de todos los diferentes tipos de negocios que enajenan al hombre durante el día?

HOMBRE.—No. ¿Y qué tiene que ver eso con el alma, entendida realmente, no poéticamente?

JUEZ.—Es una de las situaciones en la que suele manifestarse. Cuando existe. Porque el alma no siempre existe. Ahora va a ser peor, o mejor, eso depende de usted. Ahora no habrá astros. No habrá nada. Sólo usted. Si es que existe. Y la cosa va a durar bastante más de lo que pueda imaginarse.

HOMBRE.—Me aburriré, creo.

JUEZ.—Eso depende de lo agradable o desagradable que sea lo que va a contemplar toda la eternidad.

HOMBRE.—¿No dijo usted que no habrá nada?

JUEZ.—He dicho que habrá usted. Sólo usted.

HOMBRE.—¿Y Dios?

JUEZ.—(*No entiende*) ¿Cómo?

HOMBRE.—Dios. Dios.

JUEZ.—Olvídese usted de eso. No vale la pena. Señor mío, está usted solo. Es importante que lo encontremos, pues.

HOMBRE.—¿A mí, dice usted?

JUEZ.—¿Es que no se hace falta? ¿No se hizo falta ahora, hace un rato?

HOMBRE.—No. Quiero decir, sí. Me sentí abandonado. Me dió dolor. (*Otra vez hipócritamente*) Claro, el hecho de morir con todos los sacramentos...

JUEZ.—Déjese ya de tonterías, hombre. (*Transición*) Perdón. Esto es serio. Compréndalo usted, por favor.

HOMBRE.—Perdóneme usted a mí. Todavía no sé lo que me pasa.

JUEZ.—(*Con intención*) ¿Quiere que se lo explique?

HOMBRE.—No. No. (*Transición*) ¿Usted no será, por casualidad...?

JUEZ.—Sí. (*Pausa*)

HOMBRE.—¿De qué estábamos hablando?

JUEZ.—De usted.

HOMBRE.—Sí, es verdad.

JUEZ.—Estábamos buscándolo. Para premiarle seguramente. De manera que puede usted decirle que salga con confianza.

HOMBRE.—No depende de mí. Tengo la mejor voluntad, pero, no sé, no sé qué decirle.

JUEZ.—Me lo temía. ¿Le gusta a usted el campo?

HOMBRE.—No. Me aburre. Soy, he sido siempre, un hombre de acción.

JUEZ.—Sí, me lo suponía también.

HOMBRE.—Mire usted, yo..., yo...

JUEZ.—(*Muy interesado*) Sí.

HOMBRE.—Yo..., yo...

JUEZ.—(*Muy interesado*) Usted, ¿qué?

HOMBRE.—(*Como queriendo llorar*) Yo amaba a mis hijos, mi casa, mi...

JUEZ.—(*Enojado*) ¡Nada de eso existe ya! ¿Quiere usted acabar de comprenderlo de una vez por todas? Ahora se trata de usted. Olvídese de todo lo demás.

HOMBRE.—¿Cómo voy a olvidarlo, si me pide que hable de mí? Ellos eran la mitad de mi vida, la mitad de mi alma.

JUEZ.—¿Y la otra mitad? Porque esa de la que habla usted ha muerto. ¿Lo comprende usted bien, verdad? (*El Hombre vuelve la vista hacia la derecha*) ¿Y la otra mitad? Pero, hombre de Dios, ¿es que no se ha traído usted nada? (*Impaciente*) ¡La otra mitad!

HOMBRE.—No sé. ¿Y si no la hay?

JUEZ.—(*Se echa para atrás*) Vamos a esperar que ése no sea el caso.

HOMBRE.—Yo era... un hombre que luchaba, que amaba, que saludaba... Un hombre. Eso es todo. Ahora me parece que es bien poco.

JUEZ.—No lo es. Pero no basta. Usted era, en suma, una serie de contactos con el mundo.

HOMBRE.—Eso. Yo era un dedo que tocaba al mundo. Mejor, un puño que le golpeaba.

JUEZ.—¿Un puño? ¿Está usted seguro de que quiere decir eso?

HOMBRE.—(*Exaltado*) ¡Sí, señor, sí, un puño, un puño apretado, valiente, que golpeó en las puertas de la vida y que se abrió paso y que llegó... que llegó hasta... (*Vuelve a ver hacia la derecha y se le desinfla el ánimo*) Tiene que constar en sus papeles que nunca falté a ninguna de mis responsabilidades.

JUEZ.—Sí. Debo felicitarlo.

HOMBRE.—¿Cuál es el problema, entonces?

JUEZ.—Ninguno, si lo que usted dice es cierto.

HOMBRE.—Puedo jurar que lo es. Y así lo tienen que certificar esos papeles.

JUEZ.—Es que aquí en los papeles sólo están los golpes. No el puño.

HOMBRE.—¿Cómo?

JUEZ.—Digo que aquí sólo están registrados los golpes, las penas, las alegrías, los dolores... Los golpes sólo. Ahora falta el mundo, contra el cual se dieron, falta el pecho, en el cual se dieron. Y el puño, falta el puño que los dió.

HOMBRE.—(*Levanta el puño*) Fui yo quien los dió. ¡Yo!

JUEZ.—¿Volvemos a lo mismo?

HOMBRE.—¿Y quién quiere usted que los haya dado?

JUEZ.—No sé. La gente. La costumbre.

HOMBRE.—(*Melancólico*) ¿La gente? ¿La costumbre?

JUEZ.—Sí. Le pasa a los mejores.

HOMBRE.—(*Melancólico aún*) Y ahora ya no existen. Se han muerto. Quiero decir...

JUEZ.—(*Con piadosa comprensión*) Yo sé lo que quiere decir.

(*Flauta*)

HOMBRE.—¿Qué voy a hacer ahora?

JUEZ.—No sé. Quiero decir...

HOMBRE.—Yo sé lo que quiere decir. (*Pausa*) Estamos dando vueltas.

JUEZ.—(*Dándole a entender que tienen todo el tiempo por delante*) Sí. No importa. (*El Hombre levanta la cabeza como preguntándole por algo increíble*) Sí. (*El Hombre baja el rostro. Pausa larga*)

HOMBRE.—¿No acaba?

JUEZ.—No.

(*La flauta se va*)

HOMBRE.—¿Comenzamos?

JUEZ.—Comencemos. (*Pausa larga*)

HOMBRE.—Sigo sin comprender por qué no me reconoce usted al hombre bueno, y a veces malo, por qué no, que he sido en la vida.

JUEZ.—Lo reconozco.

HOMBRE.—¿Y?

JUEZ.—Se ha muerto.

HOMBRE.—¿Y yo?

JUEZ.—No sé.

HOMBRE.—Quiero decir, que me juzgue a mí como si fuera él.

JUEZ.—Eso es contrario a la justicia más elemental. Juzgar a uno por otro.

HOMBRE.—¡El era yo!

JUEZ.—Lo ha dicho bien: Era.

HOMBRE.—¿Y yo?

JUEZ.—No sé.

HOMBRE.—Seguimos dando vueltas. (*Se coge la cabeza como si estuviese mareado*) ¡Yo tengo que existir! Algo tengo que haber hecho de mí. Puedo enumerarle todo lo que he hecho.

JUEZ.—No valdría la pena.

HOMBRE.—El haber hecho muchas cosas prueba que tengo que haberme hecho a mí.

JUEZ.—Desgraciadamente eso no es cierto. Hay quienes no hacen nada, y son tanto. Y quienes hacen mucho, y son tan poco.

HOMBRE.—(*Con una sonrisa amarga*) Me gustaría reirme, ¿sabe?

JUEZ.—Ríase usted.

HOMBRE.—No sé. No puedo. La vida mía, es como una casa en la que quiero meterme, y no encuentro la puerta. Y oigo voces adentro. Y risas.

(*Efecto sonoro estereofónico de voces mezcladas y de risas*)

HOMBRE.—Es triste. Porque también me oigo reir a mí, adentro.

*(Las voces y risas se alejan hasta perderse)*

JUEZ.—No se ocupe de ellos.

HOMBRE.—Yo estuve en una guerra.

*(Efectos sonoros estereofónicos de guerra. Pero se alejan rápidamente hasta perderse)*

HOMBRE.—Es inútil. Está cerrada. *(Recuerdo)* Cuando enterramos a mi madre. *(Pausa)* También está cerrada. Parece mentira, ¿verdad? *(Recuerdo)* Una noche, recuerdo, iba a una fiesta a la que se me había invitado. A una embajada. Iba a pie, quedaba cerca. Lo cierto es que de pronto, en el momento de ir a tocar el timbre de la puerta, me puse triste.

*(Flauta)*

HOMBRE.—Sin ningún motivo, sin ninguna razón. Era una noche fresca, clara. Me dieron ganas de irme a pasear, a caminar, deambular por las calles y averiguar por qué me había puesto así de pronto. Cosa extraña, nunca me había pasado eso antes, ni me volvió a pasar después.

JUEZ.—Esto es muy importante. ¿Qué le sucedió a usted cuando se fue a pasear?

HOMBRE.—*(Estaba distraído)* ¿Cómo? No. No. Toqué el timbre y entré.

*(La flauta se aleja hasta perderse)*

HOMBRE.—Era una obligación social que, como usted comprenderá, no podía descuidar. Se me pasó inmediatamente con la charla de los amigos y la primera copa.

JUEZ.—Estaba usted llamándose esa noche, y no se oyó. O, mejor dicho, se oyó, pero no quiso atenderse. Es una gran lástima. Esa noche nos hubiera bastado ahora. Pero se abandonó usted a sí mismo, lo abandonó. Y ahora él lo abandona a usted.

HOMBRE.—Me parece que comienzo a comprender.

JUEZ.—¿Y en la infancia? ¿No tiene usted nadie ahí? En esa época de la vida, por lo general, se encuentra uno a sí mismo. Lo que pasa es que, desgraciadamente con mucha frecuencia, nos perdemos después. Usted (*Consulta algún papel*) de niño quería ser músico.

HOMBRE.—¿Músico?

JUEZ.—Sí, se compró una flauta.

(*Flauta*)

HOMBRE.—No recuerdo.

JUEZ.—¿Qué hizo con ese niño? (*Pausa*) Tenía los ojos grandes. Se compró una flauta.

HOMBRE.—Sí, es cierto, ahora recuerdo. Era una flauta roja.

JUEZ.—¿Recuerda usted “ahora”?

HOMBRE.—Yo no he tenido tiempo para recordar. Mi vida ha sido un puro ajetreo, una pura lucha por la vida.

(*La flauta comienza a alejarse*)

JUEZ.—Es lástima. Ese niño lo habría podido salvar.

HOMBRE.—¿El?

JUEZ.—El. Otro abandonado. (*Guarda en alguna gaveta el papel con el informe del niño*)

(*La flauta se ha vuelto a hundir. Silencio*)

HOMBRE.—¿Qué hacemos ahora?

JUEZ.—No sé.

HOMBRE.—Oiga usted, esto es ridículo. Yo existí en la tierra, todo el mundo me veía, se pensaba en mí,

se me tenía en cuenta. Usted no puede venir ahora a decirme que yo no existo o que no he existido nunca. ¿Quién si no yo, hizo lo que hizo? ¿A quién, si no a mí, besaba mi mujer? Pues bien, eso, soy yo, y usted tiene la obligación de condenarlo o de salvarlo, pero de hacer algo con ello. Yo supongo que usted no pretenderá eludir su obligación con un pretexto tan ridículo como éste, de que no existo.

JUEZ.—Señor, trato de hacerle justicia a usted, a usted mismo. Para ello tengo antes que encontrarlo. No sería justo que yo tomara por usted una serie de referencias con el mundo, porque aquí no se trata de juzgar al mundo, sino a usted. No me sirve ningún ejemplo o momento de su vida en el que usted estaba interesado en algún negocio, de cualquier tipo, a menos que, en quitándole todo eso ajeno quede algo en el fondo: usted.

HOMBRE.—(*Con intención*) Usted, por supuesto, no lo sabe, pero la vida, señor mío, no es más que eso: un estar de alguna manera en referencia con el mundo. Es una pobre vida.

JUEZ.—Aquí no se trata de juzgar la vida. Se trata de juzgarlo a usted.

HOMBRE.—Empieza usted a decir tonterías. (*Grito*) ¡Yo soy mi vida!

JUEZ.—Entonces usted se ha acabado. (*El Hombre pierde todos sus ímpetus y vuelve a sentarse*) No hay necesidad de excitarse. Ya sé que se dice eso, que uno es su propia vida. Pero lo que se quiere decir es que somos parecidos a ella, semejantes, puesto que lo que somos depende de nuestra vida, y viceversa. La vida es nuestra madre y nuestra hija simultáneamente. Sin embargo hay vidas tan falsas, huecas, que no tienen a nadie adentro, o que tienen dentro una persona hueca, vacía, sin peso o consistencia. Estas personas se sienten

a sí mismas porque sienten el contacto con su cuerpo. Eso les basta, y no piensan que ese apoyo les faltará algún día. Y si lo piensan, suponen que detrás, o que dentro, en algún sitio, tienen un alma o un yo auténtico, profundo, y que pueden ir, instalarse en él, cuando lo quieran o necesiten. Pero no hay nadie. Están vacíos. Son una pura cáscara. Cuando la desgracia sopla, cuando la muerte los amenaza, cuando necesitan de sí mismos, van corriendo a buscarse... Entonces se desesperan, se desorientan, se sorprenden, porque no hallan más que el sitio vacío. Y la vida, y el tiempo, la muerte, se los lleva como hojas. (*Pausa*) No se les ocurre agarrarse a algo que no pase, a alguna idea fija, clavada en la verdad.

HOMBRE.—¿Ideas? ¿Cree usted que yo he tenido tiempo para pensar en “ideas”?

JUEZ.—He usado la palabra en un sentido muy amplio. ¿No ha amado usted, u odiado, algo... fijo, al margen de la corriente, de manera que pueda decirse que lo que usted era entonces también estaba al margen?

HOMBRE.—Era peligroso. Una vez una mujer me amó. No era a mí. Fue cosa de ella sólo. Yo la comprendía. ¡Puedo jurar que la comprendía! (*Como si se le estuviera discutiendo*) ¡Le aseguro, señor...!

JUEZ.—Lo sé.

(*Flauta*)

HOMBRE.—Pero, era peligroso. Da vértigo. Da miedo. Mi vida entera... Yo mismo, mi propio ser... (*Cae en la cuenta de lo que dice*) Yo creía entonces, suponía... Como decía usted antes... Yo suponía, pensaba, creía que yo... ¿No me habrá robado alguien? ¿No sería posible que...?

JUEZ.—No.

HOMBRE.—Y sin embargo uno está tan seguro, de que estaba allí, de que se podía contar con ello. Tenía usted razón. Es una sorpresa. Da nostalgia.

JUEZ.—¿Que hizo usted con ella?

HOMBRE.—¿Con quién?

JUEZ.—Con esa mujer que le amó.

HOMBRE.—Nada. Era peligroso. No pude.

*(La flauta se aleja hasta perderse)*

JUEZ.—Tantas oportunidades. Alguien lo andaba buscando a usted por todas partes. ¿Para qué quieren ustedes la inmortalidad entonces?, si no tienen nada con que llenarla, si no tienen nada que llevar a ella. ¿Y el odio? ¿Tampoco le conoció usted? ¿No odió nunca a nadie?

HOMBRE.—Odiar es pecado.

JUEZ.—*(Tiene que reconocerlo)* Sí.

HOMBRE.—Yo he pecado. *(Pausa)* A raíz de aquello, de esa muchacha, tuve una... , una...

JUEZ.—Sí. *(Lo sabe por algún papel)*

HOMBRE.—Mi mujer fue muy buena.

JUEZ.—Sigue siéndolo.

HOMBRE.—Quizás fue sólo para probarme que esa otra... , la muchacha de quien le hablaba, y que me miraba de una forma tan extraña... *(Se tapa los ojos)* O quizás fue sólo para presumir en el Casino. Los amigos, usted sabe.

JUEZ.—Sí.

HOMBRE.—Aceptaré la pena que se me imponga.

JUEZ.—Sí, sin duda. Pero a esto le pasa lo que a sus acciones buenas. Yo no digo que no sea usted quien ha pecado, pero antes hay que ver dónde está el que vamos a castigar.

HOMBRE.—Ya le digo. Yo traicioné a mi mujer. Ese soy yo, ése que le mentía diciéndole que tenía trabajos especiales, cuando lo que hacía erairme con esa infame, esa cualquiera, esa...

JUEZ.—Por favor. Se trata de usted.

HOMBRE.—A ése que gastaba el dinero de sus hijos en comprarle joyas a su amante, a ése, quiero que lo castigue, no me importa.

JUEZ.—¿Dónde está? Dígame usted antes dónde está. ¿No se da cuenta de que todo eso que me dice usted no era más que una serie de relaciones con sus amigos, su ambiente. Yo no busco la relación, busco a quien las tenía. Creí que ya lo había comprendido.

HOMBRE.—¡Condéneme, condéneme usted, pero déjese ya de martirizarme!

JUEZ.—(*Perdiendo los estribos*) ¡Quiero condenarlo! ¡Ya no me importa! ¡No me importaría ya, pero deme usted algo que condenar, algo...! (*Recobra la calma*) Perdóneme. Es inútil. Usted, por supuesto, se da cuenta de que es inútil.

HOMBRE.—¿Qué va a ser de mí?

JUEZ.—(*Irónico amargo*) ¿De quién? (*Indiferencia aparente*) Nada.

HOMBRE.—¿No se me va a castigar, y premiar, mis pecados, mis virtudes?

JUEZ.—No tiene usted ni lo uno ni lo otro.

HOMBRE.—¿Qué va a ser de mí ahora?

JUEZ.—Nada. No tema. No va a sufrir, no va a perder nada. Nunca lo ha tenido.

HOMBRE.—Hace frío aquí.

JUEZ.—Sí. (*Al Conserje*) Llévate las cosas. Esto ha terminado. (*El Conserje lo hace, en repetidos viajes*)

HOMBRE.—(*Viendo cómo se llevan los muebles*) Y a mí, ¿qué me va a pasar a mí?

JUEZ.—Nada, señor mío, nada. ¿No entiende usted? Nada.

HOMBRE.—¿Es decir?

JUEZ.—Es decir, nada.

HOMBRE.—Por lo menos me dirá usted cuánto tiempo va a durar.

JUEZ.—El tiempo se ha detenido para usted. (*Le da la espalda para no sufrir*) Un instante sólo, pero sin límites.

HOMBRE.—Me gastaré. Terminará el viento por gastarme, diluirme.

JUEZ.—Aquí no sopla viento.

HOMBRE.—Es verdad. Todo está tan quieto. Tan silencioso. Qué rara suena mi voz. (*El Juez, de espaldas, ãniega con la cabeza*) ¿No es mi voz? ¿Mi pensamiento entonces?

(*Efectos estereofónicos de voces, de risas y de guerra, todo mezclado*)

HOMBRE.—¿No puede usted callarlo? (*Los ojos cerrados. Una risa sobresale*) Oigo que rien dentro. Me han dejado afuera, y es de noche.

JUEZ.—Se irá alejando poco a poco.

(*Los efectos sonoros se alejan poco a poco y desaparecen*)

HOMBRE.—Es verdad. (*Cae en la cuenta de pronto*) ¡Pero entonces voy a quedar más solo!

JUEZ.—No va a quedar nada.

HOMBRE.—Ese instante, ha comenzado ya, ¿verdad?  
(*El Juez afirma con la cabeza*) Qué bonita era la vida,  
¿verdad?

(*Flauta*)

JUEZ.—La suya fue fácil.

HOMBRE.—¿Y el niño de la flauta?

JUEZ.—¿Me lo pregunta usted a mí?

HOMBRE.—¿Qué se hizo? ¿Qué les pasa?

JUEZ.—Se quedan. Los deja el tiempo. Se convierten en fantasmas. Rondan de noche los caminos, los sueños. Asustan a los niños.

HOMBRE.—Y los perros, los perros les ladran de noche, ¿verdad?

JUEZ.—Sí.

HOMBRE.—(*Con profundo dolor y remordimiento*)  
De niño, yo les tenía pánico a los perros.

(*El Conserje se ha llevado ya todo, menos la silla en la que el Hombre está sentado en medio de la inmensidad. La flauta se aleja, pero tarda en desaparecer, para dar la impresión de que ahora lo hace definitivamente. Momentos antes de desaparecer, se oye, muy lejos, ladridos y aullidos de perros*)

JUEZ.—(*Al Conserje*) Vamos. (*Inicia un mutis rápido*)

(*El Angel, es decir, el Conserje, se acerca al Hombre para confirmar una sospecha*)

CONSERJE.—(*En voz muy alta y alegre*) ¡Señor!  
¡Señor! ¡Está llorando!

JUEZ.—(*Se detiene y vuelve a verlo*) Te condenaste, infeliz. Hace una hora, allá abajo, adentro, ese llanto

te habría podido salvar. Hubieras podido decirme que llorabas, que lloraste. Pero ahora es muy tarde. No lo puedes decir, sólo puedes llorar. Al fin eres algo. No algo que ha llorado sino algo que llora, y que llorará eternamente. (*Mutis rápido*)

*(El Angel sale, caminando de espaldas, con mucho dolor. Queda el Hombre solo, rodeado de silencio, de pena y de nada. Después de un rato largo, desmesuradamente largo, comienza a caer, muy lentamente, el*

**TELON**

Este cuaderno se terminó de imprimir el día 18 del mes de diciembre de 1962, en la Imprenta Nacional, Panamá, R. P. Se tiraron 2000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado del profesor Osman Leonel Ferguson.

BIBLIOTECA NACIONAL  
PANAMA

---

Imp. Nacional. Orden 2154.—12-9-62

---